



Escandalosa irresponsabilidad

Nos encontramos en una situación verdaderamente complicada: ningún grupo político asume la paternidad de una recaudación más contundente y los ingresos obtenidos del petróleo no sirven ya para mitigar la dramática precariedad financiera del Estado mexicano. El gobierno está en un callejón sin salida: no tiene dinero y no tiene de dónde sacarlo

La cuadratura del círculo para los partidos políticos: ¿cómo implementar una política fiscal que le permita al Estado mexicano recaudar plata sin incomodar a los quisquillosos votantes? Digo, el IVA, la madre de todos los impuestos, no se puede aplicar de manera universal porque ello significaría la escandalosa violación de un principio sagrado: los alimentos y las medicinas, en su condición de bienes de primerísima necesidad, no pueden servir para llenar las arcas del erario. Que el IVA, por favor, lo paguen los consumidores de mercaderías obligadamente suntuarias como los estropajos y las herramientas agrícolas.

Se ha hablado, es cierto, de reducir esta tributación del 15 al 10 por cien — para compensar su aplicación a todos los artículos imaginables — pero la cultura populista nacional no digiere tan benéficas disminuciones: los pobres, por lo visto, no consumen más que frijoles y penicilina. Y así, el día que compren por ahí un detergente o una escoba para barrer el cuarto recientemente embaldosado, seguirán apoquinando los 15 puntos porcentuales de ese impuesto que tan alegremente aumentaron, justamente, los priistas cuando podían todavía

tomar decisiones sin temer las prontas represalias del electorado. O sea, que ni el perjudicial azucar emblanquecido ni las harinas desprovistas de fibra pagarán IVA alguno.

En fin, pareciera que nadie se responsabiliza ya de cualquier aumento, real o virtual, de los impuestos que le solventamos a doña Hacienda. El tributo del 2 por cien “para la pobreza” no fue aprobado y, al final, el señor presidente del Partido Acción Nacional decidió, antes siquiera de que una propuesta modificada fuera tramitada en la Cámara Alta, endosarle la factura a sus compañeros de ruta del PRI. Nunca antes habíamos visto tan colosal desacierto estratégico perpetrado en el campo de batalla pero, en fin, recordemos, por lo pronto, que el proyecto se gestó en Los Pinos y que el presidente Calderón, a manera de sucedáneo de su informe de Gobierno, había pronunciado un recio discurso, el mejor de todo su sexenio, para sacudir las adormecidas conciencias de los congresistas. El llamado, sin embargo, no ha encontrado respuesta y los propios blanquiazules, con la mirada puesta en las urnas de las futuras

elecciones, intentan mirar hacia el otro lado.

Nos encontramos, pues, en una situación verdaderamente complicada: ningún grupo político quiere asumir la paternidad de una recaudación más contundente y, al mismo tiempo, los ingresos obtenidos del petróleo no sirven ya para mitigar siquiera la dramática precariedad financiera del Estado mexicano. El Gobierno está en un callejón sin salida: no tiene dinero y no tiene tampoco de dónde obtenerlo. Pero, en este entorno tan apremiante, el Congreso se mira el ombligo y renuncia a ejercer sus responsabilidades. El

PRI, a pesar de su preocupación de no recibir un país “en ruinas” cuando le toque la responsabilidad de gobernar, intentaba navegar en aguas tranquilas aprobando apenas medidas cosméticas; y ahora, luego de la embestida de César Nava, se puede replegar sin mayores problemas de conciencia y abstenerse de tomar medida alguna. Es más, los tricolores se sienten profundamente ofendidos. El PRD, ya lo sabemos, se opone por principio a cualquier propuesta — buena, mala o regular — que provenga del “sistema” y que pudiera haber sido formulada por un presidente de la República “espurio”. En cuanto al PAN, no conforma un verdadero bloque



en torno a Calderón y no parece demasiado dispuesto a hablar bien alto y bien claro: se ha convertido, en los hechos, en un mero gestor de los inamovibles principios del nacionalismo revolucionario. No se atreverá a plantear cambios de fondo. ¿IVA a alimentos y medicinas? Para nada. ¿Privatización del sector energético? Ave María Purísima. ¿Fin de los monopolios y del clientelismo? Tampoco.

Una vez más, hemos tomado el camino de la inmovilidad. Y eso, con el agua al cuello. Esperemos, con los brazos cruzados y recitando los dogmas de siempre, la llegada de la catástrofe. ■■

revueltas@me.com

Una vez más hemos tomado el camino de la inmovilidad. Y eso, con el agua al cuello. Esperemos, con los brazos cruzados y recitando los dogmas de siempre, la llegada de la catástrofe



MÓNICA GONZÁLEZ